
Guadalajara en el imaginario de los escritores jaliscienses

Marco Aurelio Larios
Universidad de Guadalajara

El caso

Guadalajara, como muchas otras ciudades del país, casi no había sido imaginada en los espacios narrativos de los escritores mexicanos; resultaba sorprendente que por su importancia cultural –y también demográfica– no haya sido notable en los trabajos de los escritores de esta región, y por tanto, poco significativa para la literatura mexicana en general. Nada, o casi nada, se podía decir acerca de la ciudad como imagen narrativa.

A pesar de ser Jalisco cuna de grandes escritores en los dos últimos siglos, casi ninguno de los grandes se ocupó de esta ciudad en su producción narrativa, fuera, claro, de la novela *Clemencia* de Ignacio M. Altamirano, quien no fue precisamente tapatío ni jalisciense.

Sorprende que en la enumeración de autores de talla nacional como Fernando Calderón, José María Vigil, Esther Tapia de Castellanos, José López Portillo y Rojas, Manuel Puga y Acal, Ireneo Paz, Victoriano Salado Álvarez, Mariano Azuela, Enrique González Martínez, Francisco Rojas González, Agustín Yáñez, Ramón Rubín, Juan José Arreola, Juan Rulfo, poco tuvo que ver Guadalajara con la grandeza de su obra. Algunos de los escritores mencionados vivieron en esta ciudad, algunos otros la transitaron, pero ninguno fue completamente ajeno a ella, y sin embargo, la pasaron por alto en sus escritos. Acaso, los que se atrevieron

a utilizar la ciudad como imagen narrativa, le dedicaron algunos cuentos breves o triviales que bien pueden olvidarse cuando se habla de lo más representativo de ellos. Guadalajara casi no fue, entonces, asunto de escritores.

Hubo, por supuesto, escritores menores que no teniendo más espacio al que recurrir, hicieron de Guadalajara el sitio donde sucedían las peripecias de sus personajes –tan lugareños como ellos mismos– y se dieron a la exaltación e idealización sin escrúpulo alguno de la imagen de la ciudad.

¿Qué sucedía con Guadalajara, si por parte de los escritores de renombre se le olvidaba y por parte de los de menor oficio se le exaltaba sin cordura? ¿Atribuirles a los primeros falta de interés para encontrar la historia posible que pudiera sugerir la ciudad?, ¿o suponer en los segundos incapacidad para entender que a un espacio le corresponden ciertos hechos irremediamente?

¿Qué sucedía con Guadalajara que no era capaz de sugerir ninguna historia interesante? ¿Qué no pasaba nada digno de contar? ¿Cuáles eran los hechos en verdad importantes para la ciudad y sus habitantes que pudieran definirlos por completo? ¿O no había hechos sobresalientes sino nada más anodinos e intrascendentes? ¿Era, acaso, que nadie sabía ver la estrecha relación que guardan los hechos humanos con el espacio donde ocurren? ¿Qué sucedía con Guadalajara, pues?

Nada especial: la ciudad, segunda en importancia en los desarrollos nacionales, era simplemente *invisible*, es decir, carecía de imagen entre los escritores locales. Debo decirlo con más propiedad: casi nadie sabía descubrir las historias posibles que un imaginario de Guadalajara pudiera suscitar.

El síntoma

Para imaginar algo o a alguien debemos sujetarnos a dos coordenadas mínimas sensibles a nuestra percepción y cognición: el tiempo y el espacio, sean reales o fantásticos. Solamente en su profunda imaginación (mayores datos sensibles en esas coordenadas) puede revelarse ese alguien o algo que imaginamos.

En el caso de la literatura hay un concepto teórico: la *cronotopía*, del ruso Mijaíl Bajtín, que refiere la capacidad de un escritor para saber leer el tiempo de un espacio.¹ La lectura de un espacio es su tiempo. Hay sucesos que no pueden ocurrir en determinados sitios; hay lugares donde sólo pueden suceder ciertos hechos. Ciertos personajes actúan en determinados lugares: no acontece nada diferente a lo que un prototipo espacial puede realizar en el sitio donde habita.

La ausencia de la imagen de Guadalajara como espacio narrativo en la obra de muchos escritores de renombre, o bien, una Guadalajara deformada por la exaltación o idealización en escritores menores, se debe a la incapacidad de unos y otros para saber *leer* la historia de su espacio, es decir, no saber encontrar su *cronotopía*, no saber imaginarla. Cabe señalar que esta incapacidad cronotópica está unida íntimamente a la predilección de los escritores para imaginar los espacios de sus historias. Juan Rulfo vivió en Guadalajara y en la ciudad de México, pero su imaginario estaba en la región sur de Jalisco donde fue niño.

Pero la predilección también tiene que ver con el interés por los sucesos que han acaecido en un espacio determinado; y Guadalajara no despertaba interés, pues casi nada importante parecía haber sucedido en esta ciudad.

Uno de los argumentos más importantes con relación a esta incapacidad (o falta de interés y predilección), aunque parezca venir de un ejercicio aparentemente ajeno a la literatura, se observa también en los trabajos historiográficos que se han hecho sobre Guadalajara. Muchos libros de historia de la ciudad, hasta fechas recientes, estaban dominados por una idea de la historia monumental, referida a instituciones, a edificios públicos, o a autoridades públicas, más cerca de un informe que de una relación de sucesos humanos; lo que evidentemente produce la impresión de que en Guadalajara casi nada sucede, nada es digno de contarse, o es intrascendente. Esta ausencia de

1. Cfr. Mijaíl Bajtín. *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI, 1989, pp. 216 y ss.

2. José Cornejo Franco (comp. y prol.). *Testimonios de Guadalajara*. México: UNAM, 1973. (Col. Biblioteca del Estudiante Universitario).

hechos históricos, notoria y escandalosa en trabajos historiográficos, fue mayormente visible en la narrativa de Guadalajara, hasta hace poco.

Las evidencias

Dos publicaciones, que en su momento quisieron resaltar la imagen de la ciudad (una histórica y la otra literaria), pueden ser tenidas como evidencias de lo que digo. En 1942 para conmemorar el cuarto centenario de la fundación de Guadalajara, José Cornejo Franco preparó una selección de textos que hacían referencia a la ciudad. El libro se llamó *Testimonios de Guadalajara*² y fue publicado por la UNAM. José Cornejo Franco optó por seleccionar textos de carácter histórico: las crónicas del fraile Antonio Tello, las descripciones del obispo don Alonso de la Mota y Escobar, las historias de Matías de la Mota Padilla, las de Francisco Frejes y las de Luis Pérez Verdía. Los escritores de ficciones, como José López Portillo y Rojas, Victoriano Salado Álvarez y Mariano Azuela, siendo jaliscienses de renombre en el campo de las letras, no fueron tomados en cuenta. La pretensión de Cornejo Franco era clara: Guadalajara tenía historia pero carecía de ficción.

Sin embargo, leyendo con detenimiento los textos seleccionados se observa que la historia tampoco registra grandes sucesos. A lo largo de la antología se percibe una reducción de la trama histórica. Los cronistas e historiadores de la Colonia poco consignan. La construcción de un templo, o de un convento, o de un hospital, era más digno de mención que cualquier personaje ciudadano, que cualquier suceso curioso. La ciudad no era sus habitantes sino sus edificios, craso error: un lugar cobra rostro y paisaje por los hombres que lo transitan, que lo *sucedan*.

Salvo la extraordinaria narración de fray Antonio Tello –que relata entre otros hechos de los primeros fundadores de Guadalajara, la lucha cuerpo a cuerpo que entabló Beatriz Hernández contra un indio durante una defensa de la ciudad– los demás textos se ciñen a la descripción de edificios y templos, o a las características

geográficas de la región; o bien, abordan asuntos de poca monta, por ejemplo, declaraciones sobre riñas, obligaciones contractuales o partes inquisitoriales; todo esto contenido en expedientes de archivo, con el infame estilo leguleyo de los escribientes. La antología cierra con la sobria prosa de Luis Pérez Verdía, quien comenta sobre las costumbres de los habitantes de la ciudad a principios del siglo XIX con la superficialidad de un retablo.

La lectura de los *Testimonios de Guadalajara* nos muestra la paulatina declinación de sucesos dignos de narrar. Fuera de la épica de los fundadores, los hechos de la ciudad se sumergen en la trivialidad de lo intrascendente. El golpe final parece rotundo: en Guadalajara casi no pasa nada.

Para el 451 aniversario de la ciudad, en 1993, apareció otro libro con pretensiones similares al anterior: *Guadalajara en la narrativa mexicana*.³ En esta ocasión trató de hacerse una antología de fragmentos de ficción cuya imagen narrativa fuera la ciudad. La selección fue preparada por Wolfgang Vogt. Amén de algunos notorios errores de edición, la selección arroja luz sobre la imagen de Guadalajara y su carácter cronotópico entre los escritores locales.

El libro intenta demostrar, según su propio título, que Guadalajara ha sido considerada como espacio narrativo por algunos escritores mexicanos (si con este adjetivo entendemos los que son reconocidos como tales en todo el país). Esto es un engaño: solamente una tercera parte de los escritores seleccionados son de corte nacional por la trascendencia regional de su obra; los otros ni siquiera llegan a ser suficientemente conocidos por los mismos literatos jaliscienses. De los considerados nacionales se incluyen solamente a José López Portillo y Rojas y Agustín Yáñez; los otros, González Martínez, Salado Álvarez y Azuela, mantienen una cercanía ocasional con Guadalajara.

López Portillo y Rojas es quien más trata la imagen de la ciudad en su obra, pero no se atreve a nombrarla directamente. Como buen romántico,

3. Wolfgang Vogt. *Guadalajara en la narrativa mexicana*. Guadalajara: Presidencia Municipal, 1993.

rebautiza la ciudad llamándola Fópolis, ciudad luz, y a sus habitantes, fopolitanos. La exalta por su naturaleza, a la que considera fuente de inspiración y rasgo de carácter que define a sus habitantes. En su narrativa abunda la descripción histórica de los edificios más relevantes: el Hospicio Cabañas y el Teatro Degollado (llamado por él, Coliseo); nos da fechas y nombres; y nos habla de la calidad estética de sus constructores y artistas, no sin dejar de extremarse y compararlos con la pléyade renacentista italiana. Mas, fuera de esas suntuosas descripciones, no hay una marcada relación entre la historia de los personajes y la historia de la ciudad. El tono global de sus alusiones a Guadalajara es deliberadamente exultante.

Agustín Yáñez, cercano a la imagen de una Guadalajara más urbana y menos pueblerina, le dedica sus recuerdos de infancia. El barrio del Santuario es el lugar de las correrías de sus pequeños personajes: los recuerdos de los charcos de lluvia, la hora del rosario y la fiesta navideña, se entremezclan con el recitativo de las canciones infantiles que coreaban los niños en sus juegos callejeros. Los primeros miedos, las pequeñas ilusiones, el reconocimiento del sexo opuesto, son los grandes móviles de sus anécdotas. Guadalajara no es una ciudad, es un barrio; su historia no es pública, sino personal y anónima. De esta manera, Guadalajara se difumina en cuanto ciudad: lo que ocurre en los relatos de Yáñez pudo haber ocurrido en cualquier otro barrio de cualquier otro lugar.

Los otros autores de esta antología se pierden en una grave idealización de la ciudad: llegan a compararla con Sevilla, hablan de ella como la Andalucía mexicana; engalanan los patios y los corredores con descripciones palaciegas; visten con galanura calles y edificios como si el sólo paso del tiempo fuera la única historia que resaltar. Incapaces de mirar su provincianismo, su estrechez, su poca estatura, y sobre todo sin saber qué historia y qué personajes eran propios para tamaña ciudad, se prestaron al mal idilio de no ver el objeto amado sino el amor. Los que buscaron interpretarla en sus

ficciones la retocaron, la maquillaron, la europeizaron. A los que no les importó, la pintarrajearon con premura y sin acierto: la convirtieron en un escenario de cartón. En ninguna de las dos circunstancias, Guadalajara quedó imaginada: ni fue palaciega, ni vil escenografía. Se salvan de este corte Enrique González Martínez y Raúl López Almaraz.

El texto de González Martínez no es propiamente un texto de ficción sino un apunte autobiográfico más bien ocasional en lo que respecta a su obra completa. El roce de sus recuerdos personales con la ciudad real lo conduce a escribir pasajes memorables, dignos de las crónicas de Guadalajara pero inútiles si de ficción se trata. No obstante, la prestancia de escritor grande sale a relucir cuando prolonga detalles de Ángela Peralta, quien vino a inaugurar con su voz el Teatro Degollado y moriría de peste en Mazatlán. Aquí el recuerdo personal, el ambiente operístico de aquella Guadalajara y la tragedia de Ángela Peralta se aúnan para elevar la calidad argumental de sus apuntes autobiográficos.

El saldo que nos deja la lectura de *Guadalajara en la narrativa mexicana* no parece halagador: el mejor texto escrito sobre Guadalajara es una memoria ocasional y no una ficción. Esto, además, da qué pensar: Guadalajara no sólo es ahistórica, porque casi nada sucede, sino también aliteraria, es decir, casi nada se imagina en ella.

El método

Para imaginar a Guadalajara, parto de la idea de que un espacio entra en la producción de un texto cuando deja de verse como un fondo inmóvil, escenográfico, para adquirir la trascendencia de acontecimiento. De modo más preciso: el espacio se transmuta en tiempo porque no sólo descubre huellas físicas sino también muestra indicios del largo transcurrir de los hombres que lo habitaron y lo habitan. Visto así, una imagen narrativa revelaría una clara correspondencia entre los sitios, las costumbres y creencias, los miedos de siempre y las raras heroicidades de sus habitantes. Después de todo,

los actos de los hombres justifican con plenitud el sitio al que pertenecen.

El teórico Mijaíl Bajtín, al estudiar la obra de Goethe, en la que vislumbraba una sutil correspondencia entre las características geográficas de un sitio con el carácter de los personajes y sus ocupaciones, analiza la relación entre tiempo y espacio (*cronos* y *topos*) como una inextricable red de actos humanos que solamente pueden ser posibles en un lugar determinado. Nos dice:

...el punto de partida para la imaginación creadora era una localidad determinada y absolutamente concreta. Y no se trataba de un paisaje abstracto impregnado del estado de ánimo del observador, sino de un pedazo de historia de la humanidad, era el tiempo histórico concentrado en el espacio. Por eso el argumento (el conjunto de sucesos representados) y los personajes no llegan al paisaje desde fuera, no se inventan dentro del paisaje sino que se manifiestan en él como personas que estuvieron presentes dentro del paisaje desde el principio...⁴

4. Bajtín. *op. cit.* p. 242.

Las implicaciones teóricas de esta cita resultan bastante amplias para iniciar la comprensión e interpretación de una obra literaria. Carlos Fuentes, al revelar sus fundamentos metodológicos en *Valiente Mundo Nuevo*, nos habla de la cronotopía como “el centro organizador de los eventos narrativos fundamentales de una novela. A ellos les pertenece el sentido que le da forma a la narrativa”,⁵ es decir, la cronotopía se vuelve decisiva en la elección de los acontecimientos narrados porque los llena de sentido. Los fundamentos cronotópicos le sirven a Carlos Fuentes para interpretar el desarrollo histórico de Hispanoamérica (su Indo-Afro-Iberoamérica). Fuentes ve en la hechura de las obras literarias de este subcontinente la lectura temporal que los escritores hicieron de su espacio: el devenir histórico de nuestra geografía.

5. Carlos Fuentes. *Valiente Mundo Nuevo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990, p.38.

Toda historia y toda literatura pasan por la definición de un tiempo y un espacio. Y desde este

punto de vista, la definición de Guadalajara se halla en sus obras históricas y literarias. Por eso no extraña que en ciertos periodos la ciudad perdiera imagen en los trabajos historiográficos y en los literarios. La falta de conciencia histórica del entorno limitaba la producción escrita de nuestros intelectuales. ¿Fallas historiográficas, fallas literarias? ¿Resulta casual que para conmemorar el cuarto centenario de la fundación de Guadalajara, José Cornejo Franco, publicara *Testimonios de Guadalajara* (1942), una antología de textos históricos y ninguno literario? ¿Era que Guadalajara tenía historia, pero carecía de ficción?

Las obras

Pero esta situación ha virado en los últimos veinticinco años: en el imaginario de los escritores jaliscienses, Guadalajara comienza a tomar presencia. Su imagen parte de su visibilidad histórica, de los personajes reales o imaginarios que son posibles y existentes en este espacio determinado.

En *El General Hilachas* (1985), José Madrigal Mora reinventa a un loco harapiendo de la década de los treinta, famoso en la ciudad por jactarse de haber sido general en la Revolución Mexicana, todo en el plano histórico de una Guadalajara que se debate entre la universidad pública socialista y la universidad privada ultracatólica. Dante Medina en *Tola* (1987) y en *La dama de la gardenia* (1992) ubica las peripecias de sus personajes en una Guadalajara reconocible por las señas físicas de sus barrios y colonias. Alfonso López Rodríguez en *Horacio. La logia del vampiro* (1992) hace un relato fantástico de un vampiro que vive en el poniente de la ciudad enmarcada por las torrenciales lluvias de verano que se precipitan en esta parte del mundo.

En *Contracorriente* (1991), de Patricia Medina, el personaje deambula su recuerdo por una Guadalajara actual, metropolitana. Matilde Pons en *Agonía en rojo* (1993) nos ambienta aquella Guadalajara intolerante de los años cincuenta y sesenta ante los comunistas de

la localidad. *Y apenas era miércoles* (1993), de Martha Cerda, novela el desastre del 22 de abril de 1992 en que, por negligencia de los gobernantes de la ciudad estallaron varias calles, consecuencia de la gasolina que se filtraba en los colectores urbanos.

Marcos Cárdenas, a través de dos personajes narradores, combina los recuerdos privados de éstos con los personajes públicos de una Guadalajara pre y post revolucionaria, con su novela *En familia* (1994). César López Cuadras también mueve a sus personajes por la ciudad en su novela corta *Macho profundo* (1999). La novela de Eugenio Partida, *La otra orilla* (2005), centrada más en el pueblo de Ahualulco, rememora no obstante aquellos tiempos bravos del barrio de San Juan de Dios y la Calzada Independencia.

Y en este listado podemos agregar a Luis G. Abbadie con su obra *El grito de la máscara* (1998); a Amalia García de León con *Derrumbe* (1994); a Jaime Estrada Faudón y su novela *El fantasma* (1999) donde menciona la nevada que inusitadamente cayó en Guadalajara en diciembre de 1997; Hugo Medrano en *Las paredes del cielo* (2003) hace una defensa del graffitti que también es imagen en esta ciudad; Sergio Jesús Rodríguez imagina los espacios urbanos en su novela *En el abismo, Bartolo* (2000). Mi propia novela, *El cangrejo de Beethoven* (2002), menciona al centro histórico.

En todas estas obras, de desigual factura literaria pero con semejante ímpetu por encontrarle a Guadalajara su imagen, se mencionan periódicos locales, equipos de fútbol, edificios, paisajes urbanos, restaurantes, estaciones de radio, escritores, personalidades, ambientes y sitios públicos reconocibles geográficamente en la Guadalajara real.

Todo esto sin contar con la multitud de cuentos que en los últimos años se han publicado a partir de concursos literarios que exigen como escenario la imagen narrativa de Guadalajara. En este imaginario, la Guadalajara actual va teniendo su propia geografía mental, la que construyen sus escritores y la que imaginan sus lectores.

Apéndice: la novela reciente de Jalisco(1985-2008)El presente listado no tiene la intención de ser exhaustivo pero sí constituye una ruta de trabajo para un posterior estudio. Aclaro: no todas las novelas ubican su espacio narrativo en Guadalajara. La diversidad es rica en este sentido y augura una literatura jalisciense más firme en su quehacer sin la necesidad –obsesiva en algunos– de ser reconocida por la crítica de la ciudad de México.

Ángeles, Guadalupe. *Devastación*. Tuxtla Gutiérrez: Libros de Chiapas, 2000.

---*Quieta*. Guadalajara: Editorial Paraíso Perdido, 2001.

Abbadie, Luis G. *El grito de la máscara*. Guadalajara: Editorial Minerva, 1998.

Blanchart Arnal, Nuria. *Bajo la venda*. México: 2007.

Cárdenas, Marcos. *En familia*. Guadalajara: EDUG, 1994.

Cerda, Martha. *Y apenas era miércoles*. México: Joaquín Mortiz, 1993.

---*Toda una vida*. Barcelona: Ediciones B, 1998.

---*Ballet y mambo*. Monterrey: Ediciones Castillo, 2001.

---*La mujer del policía*. Salta: Biblioteca de Textos Universitarios, 2005.

---*Señuelo*. Guanajuato: Ediciones La Rana, 2007.

Cham, Gerardo. *Viaje a los olivos*. New Jersey: Ediciones Nuevo Espacio, 2000.

---*Bajo la niebla de París*. Guadalajara: Arlequín, Universidad de Guadalajara, 2005.

Cordero, Antonio. *Tornaviaje*. Guadalajara: Secretaría de Cultura, 2007.

Curiel García, Jorge. *Gloria y ocaso de un grillo*. Guadalajara: Editorial Ágata, 1998.

Esquinca, Bernardo. *Belleza roja*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.

Estrada Faudón, Jaime. *El fantasma*. Guadalajara: Editorial Ágata, 1999.

García de León, Amelia. *Derrumbe*. Guadalajara: Colegio Internacional, 1994.

García Mateos, Rodolfo. *Sin alma mater*. Guadalajara: Amaroma Ediciones, 2007.

Gómez Rosales, Andrés. *La noche de los venados*: Guadalajara, EDUG, 1985.

González Aréchiga, Rafael. *El mundo sin genios*. Guadalajara: Nauta Editores, 1993.

González Díaz, Guillermo. *Julián*. Guadalajara: S-M Ediciones, 1985.

González Gómez, Miguel. *Los días oscuros*. Guadalajara: Ediciones Euterpe, 1997.

Gutiérrez, Adalberto. *En los vientos rumorados*. Guadalajara: 2005.

Heredia, Mario. *Memoria de mis huesos*. Guadalajara: Luciérnaga Editores, 1999.

---*Río Blanco*. Guadalajara: CECA, 2008.

Larios, Marco Aurelio. *El cangrejo de Beethoven*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.

Levy, Elsa. *La cabaña del moro*. Guadalajara: Secretaría de Cultura, 1998.

López Cuadras, César. *La novela inconclusa de Bernardino Casablanca*. Guadalajara: EDUG, 1993.

---*Macho profundo*. Guadalajara: Arlequín, 1999.

---*Cástulo Bojórquez*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.

- López Rodríguez, Alfonso. *Horacio. La logia del vampiro*, Guadalajara: 1992.
- Madrigal Mora, José. *El general Hilachas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Martín Bocanegra, Jorge. *Umbrales y paisajes*. Guadalajara: Arlequín, 2003.
- Medina, Dante. *Tola*. Barcelona: Tusquets, 1987.
- Cosas de cualquier familia*. Barcelona: Tusquets, 1990.
- La dama de la gardenia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Medina, Patricia. *Contracorriente*. México: Planeta, 1991.
- Medrano, Hugo. *Las paredes del cielo*. Guadalajara: Acento Editores, 2003.
- Millar, Grady. *Un invierno en el infierno*. Guadalajara: Editorial Minerva, 1999.
- Minero Legaspi, José. *Adancio Puerta*. Guadalajara: Editorial Grano de Arena, 2001.
- Navarro Sánchez, Salvador. *Cirilo. La defensa de Mezcala*, Guadalajara: Editorial Ágata, 1996
- Orea Marín, Augusto. *Los días de Tláloc*. Guadalajara: Departamento de Bellas Artes, 1991.
- Los signos*. Guadalajara: Secretaría de Cultura, 2004.
- La muerte del judío*. Guadalajara: Secretaría de Cultura, 2007.
- Ortuño, Antonio. *Recursos humanos*. Barcelona: Anagrama, 2007.
- Partida, Eugenio. *La ballesta de Dios*. México: Planeta, 1992.

- La otra orilla*. México: Joaquín Mortiz, 2005.
- Pazarín, Víctor. *Cazadores de gallina*. Guadalajara: Rémora/Tintanueva, 2008.
- Pons, Matilde. *Agonía en rojo*. Guadalajara: Editorial Ágata, 1993.
- Lugares de ceniza*. Guadalajara: Secretaría de Cultura, 2003.
- Quiñonez, Sergio. *Veda*. Guadalajara: Secretaría de Cultura, 2005.
- Imago*. Guadalajara: Secretaría de Cultura, 2006.
- Rodríguez, Sergio Jesús. *En el abismo, Bartola*. Guadalajara: Acento Editores, 2000.
- Aprilis*. Guadalajara: Ediciones Euterpe, 2002.
- Rodríguez Gurrola, Jesús. *Destino sin rostro*. Guadalajara: UNED, 1985.
- Rodríguez Guzmán, Luis Noé. *Mi primera vez*. Guadalajara: Editorial Cebra, 2008.
- Ruvalcaba, Eusebio. *Un hilito de sangre*. México: Planeta, 1992.
- Valdez, José Julio. *Humo de estatuas*. Guadalajara: CECA, 2006.
- Velasco, Gabriel. *Mariposa negra*. Guadalajara: Mantis Editores, 1997.
- Vivero Marín, Cándida Elizabeth. *Ese suelo tan otro*. Guadalajara: CECA, 2005.
- Vogt, Wolfgang. *Posguerra*. Guadalajara: Editorial Universitaria, 2002.
- Entre guerras*. Guadalajara: Editorial Universitaria, 2003.
- Wybo, Silvia. *Elena y Victorina en: soy americana porque nací en México*. Guadalajara: Litteris Editores, 2002.